

ponerme a recrear esa historia que aparecía en los documentos. Cuando surge en mí el personaje de John William Guevara, que es inventado, recién sólo sentí que tenía la novela. Guevara, aunque es un personaje ficticio, resulta verosímil, en el sentido de posible. Se trata de un hombre que es hijo de un inglés y una criolla. Es decir, tiene un padre británico que llega a la Argentina durante las invasiones inglesas y se asimila a la pampa. Guevara hace que la novela funcione, se erige en narrador testigo (es casi de la misma edad de Button) y hago que vaya como grumete en el barco de Fitz Roy. Ya maduro, apela a su memoria, cuenta los hechos ocurridos años atrás. La narración va del presente (la realidad de Guevara en Lobos, en 1865) a distintos momentos del pasado. Pude armar la novela gracias a que engarcé en la historia real un personaje de ficción.

*—¿Cuál es el elemento que desencadena en usted la necesidad de componer una narración en torno a Jemmy Button?*

—Que tiene una historia extraordinaria, impresionante. Si uno piensa que se trata de un chico de 16 años (bueno, para los yámanas ya era un hombre), del Cabo de Hornos, viviendo desnudo, untado con grasa de foca, un nómada del mar, como se les llamaba, que vivía allí, en los confines del mundo, y que abrupta y ferozmente es llevado a Londres (la ciudad más grande del siglo XIX, la metrópolis por excelencia, el centro del Imperio), no se puede menos que ver en todo esto algo excepcional. Además, quería dar vuelta al sentido de la otredad; para los europeos, el otro siempre ha sido el americano. Los enviados de España, Holanda, Francia, Inglaterra han ido y han vuelto ante sus cortes con un papagayo, un mono y un indígena. Ése siempre era el otro, la otredad en el sentido bajtiniano, o como lo usa Todorov, el otro americano. Yo necesitaba analizar qué veía este personaje de los confines del mundo en una ciudad como Londres y también la cantidad de cuestiones que se movían detrás de la historia de Button: la relación conflictiva de los yámanas con los blancos, los intereses geopolíticos de Inglaterra con respecto a las Islas Malvinas y Tierra del Fuego, las ambiguas actitudes de la Misión Patagónica anglicana, etc.

*—Alguien dijo que en su novela subyace una reflexión sobre los pilares en los que la Argentina ha sido construida. ¿Está de acuerdo?*

—Ah, sí, fue en una reseña que salió en un diario de Montevideo y que escribió una chica. Cuando la leí, me quedé pensando. Además, me encantó el título que le dieron a la nota, se llama «La voz de los bastar-

dos». Me gustó porque Button es, en realidad, el único legítimo, el único puro. Si hablamos de legitimidad, Guevara es un híbrido, un cruce, como somos todos los argentinos. Bastardos, no en el sentido peyorativo, sino en el sentido de mezcla. Creo que por ahí también pasa uno de los ejes de la novela.

*Usted ha dicho que La tierra del fuego trata de la civilización y la barbarie, de lo que sucede cuando ambas se encuentran. Es un asunto que nos retrotrae a las preocupaciones de Sarmiento y, a la vez, nos coloca frente a un tema que sigue hoy en día vigente entre los intelectuales argentinos.*

Precisamente, la novela tiene dos acápites, uno de ellos de Sarmiento (escritor por el que siento una profundísima admiración, cada vez que leo *Facundo* me digo que esa prosa no tiene parangón en la Argentina) y en el que habla de la pampa, una de las dimensiones físicas de la novela (es donde está Guevara), y el otro acápite pertenece a Melville. Los dos escritores, Sarmiento y Melville, eran contemporáneos, y también lo es el personaje de Guevara. En efecto, Sarmiento planteó la dicotomía civilización y barbarie que nos ha marcado profundamente, un debate que todavía no está cerrado. Pero en el caso de *La tierra del fuego* pensé, modestísimamente y desde el lugar de creación de esta novela, en girar la óptica y poner en cuestión quiénes son los civilizados y quiénes los bárbaros en el choque de culturas del Sur. Si la campaña de Roca al desierto fue un tremendo exterminio, en Tierra del Fuego la cosa fue todavía más dramática, porque era tierra de nadie. Por allá pasaban navegantes, balleneros que eran lo que decía Horacio Quiroga, ex-hombres. Hombres que estaban en los bordes de la cultura, tipos que iban a pescar, tipos, generalmente, muy brutales. La ley era la que ellos imponían: violaban mujeres, mataban, depredaban y nadie les decía nada. Los civilizados, en consecuencia, eran los yámanas, los salvajes, si se puede hablar en estos términos.

*Últimamente la Patagonia despierta fascinación en el público y entre escritores y cineastas ¿Qué fue lo que más le llamó la atención a usted?*

En 1994, cuando ya tenía un borrador de la novela, fui por primera vez a la Patagonia. Mi visita se transformó en una experiencia personal, de corte definitivo, porque tiene un paisaje alucinante. Allí la naturaleza ocupa el lugar que tenía en el principio de los tiempos y te borra del mapa. Uno ve un glaciar y se dice: yo no existo, he quedado reducida a la nada. Cuando empieza a tronar un glaciar, cuando se está resquebrajando el hielo, es